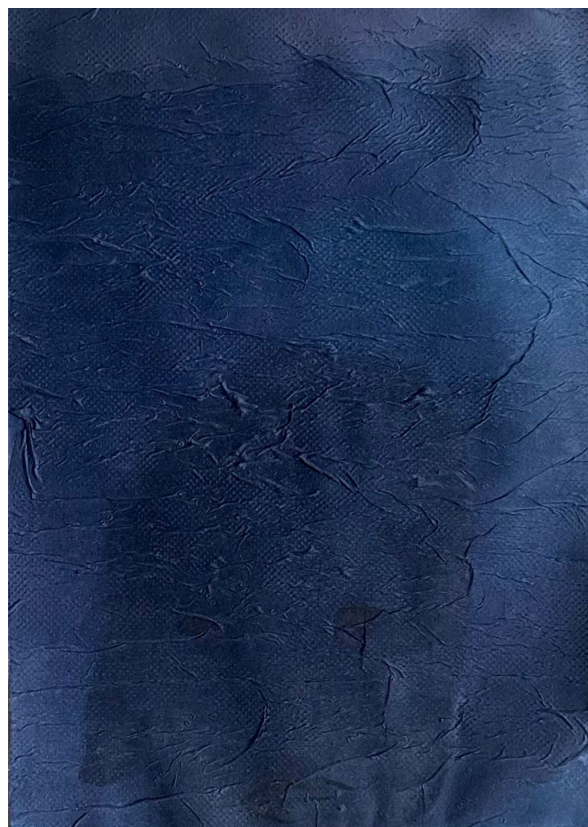


Arquitect@s & Co #6

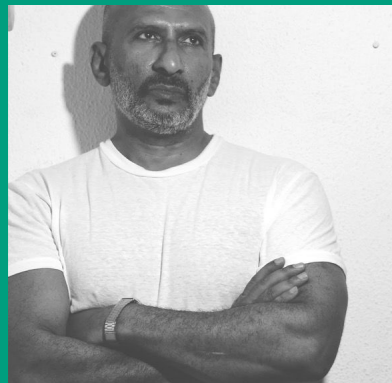
# La soledad en la ciudad





*Hussein AlMohasen\_artista invitado*

# Arquitect@s &Co



Hussein AlMohasen  
\_artista invitado



Eduardo Solana



Magda Plocikiewicz



Eva Gómez-Fontecha

Colectivo multidisciplinar que, con la excusa de la Arquitectura, se junta para hablar de las personas y de la vida.



Eiman Al Sakha



Camino Cabañas



Luis Roberto Durán Duque



Julián Baena

# Estrategia básica de supervivencia

Magdalena Plocikiewicz  
Filósofa y Socióloga Urbana

¿Hay algo que los habitantes de este planeta deseamos más que la felicidad? Podemos imaginar este estado de maneras muy distintas y errar mucho al escoger los caminos para llegar a la ansiada meta.

# Estrategia básica de supervivencia

De hecho, como nos demuestra el mayor estudio sobre la felicidad realizado por la Universidad de Harvard, al ser preguntados qué nos hace felices, proporcionamos una respuesta equivocada. La felicidad la asociamos con la consecución de diversas metas de índole profesional, con el estatus socioeconómico, con la hedonía de poder tener y experimentar todo y, sin embargo, lo que nos hace vivir más tiempo y gozar del estado de bienestar holístico son nuestras relaciones. Pareja, familia, tribu, compañeros del trabajo, conocidos y desconocidos – todo este universo social, la red de contactos cotidianos, regulares, esporádicos, intensos, profundos, íntimos, casuales y superficiales tejen la invisible, pero sólida base de nuestra vida plena. El hallazgo del mencionado estudio no debería parecer extraño si tenemos en cuenta que nuestro cerebro ha ido especializándose evolutivamente en la cooperación como estrategia básica de supervivencia de la especie homo sapiens, un animal social por excelencia. En el extrarradio de nuestra telaraña relacional se encuentra el universo de desolación, donde acechan atávicas alertas de peligro (¡predador y estás solo!) causando una angustia permanente. Allí donde no hay nadie más que nosotros decaemos, la soledad empequeñece nuestro sistema inmune, nuestra esperanza de vida, nuestra esperanza en general.

Según el estudio sobre juventud y soledad no deseada en España de febrero 2024, son los jóvenes entre 16 y 29 años, el grupo más afectado por la soledad indeseada. El 25,5% de esta franja de edad está afectada y el 75,8% del grupo confirma sentirse solos desde hace más de 1 año (cerca de la mitad más de 3). Los jóvenes que se sienten solos auto- perciben su salud como mala, su autoestima está profundamente afectada y no encuentran consuelo en las relaciones online ni redes sociales. ¿Acaso nuestro microcosmos del smartphone y las tecnologías no son la panacea para la parte de la sociedad que mejor las domina y que más profundamente se ha sumergido en sus abismos? El apoyo familiar tampoco parece ser la solución para sentirse parte de. Son los amigos y los encuentros presenciales los que ofrecen salida de este estado no deseado ni para el peor enemigo. Y los encuentros presenciales trascurren principalmente en el espacio público de la ciudad.

¿Están diseñadas nuestras ciudades para la felicidad, para proporcionar las relaciones y los encuentros fortuitos? ¿Tenemos espacio- temporalidades suficientemente abiertas para acoger distintas generaciones, para disfrutar del exterior en el tiempo libre, para fomentar el intercambio, para la solidaridad y el acompañamiento del otro? ¿Cuál es la proporción de los espacios relacionales versus funcionales?

# Estrategia básica de supervivencia



Plaza Enrique Granados, Barcelona

En primer lugar, priorizamos la productividad más que el tiempo dedicado al “fitness social”. Los encuentros con los amigos, y mucho menos con los desconocidos, no suelen estar en nuestro *shortlist* de prioridades ni rutinas diarias. Los horarios de trabajo, de escuela, las distancias, la autoexigencia de estar haciendo “cosas importantes” relega las relaciones con los otros a algo puntual, residual, a veces anecdótico. El diseño de la ciudad es un fiel reflejo de ello. Si la tecnología nos conecta con la gente que está lejos, la ciudad debería conectarnos con la gente que tenemos cerca. Will Buckingham en su libro “Hello Stranger” explica el experimento de animar a la gente para que entable las conversaciones con extraños para ver como los valoraban antes y después. Antes predomina la incomodidad, timidez y el miedo, después aparece la satisfacción y un bienestar momentáneo, fomentado por un chute dopaminérgico que nos proporciona el encuentro con el otro.

Según la antropóloga Sonia Lavadinho el espacio relacional ocupa apenas 10-20% del total espacio métrico en las ciudades europeas. Aunque la ciudad relacional fuese un tejido delicado, intangible y más difícil para captar su rendimiento a través de los indicadores, la ciudad empieza con la gente y la felicidad también.

# Reconstruir el tejido social

Camino Cabañas  
Gestión pública y Comunicación política

Vivo en un edificio que parece un pequeño pueblo en vertical. Somos más vecinos que en la mayoría de los municipios de la España rural, pero, a pesar de su tamaño, la paradoja de la desconexión persiste: no conozco el nombre de mis vecinos de planta. En este microcosmos urbano, donde la cercanía física contrasta con la distancia emocional, la soledad se cuela por las rendijas de las puertas cerradas.





# Reconstruir el tejido social

En este paisaje peculiar, la pandemia impuso el uso individual de los ascensores. Fue un alivio para aquellos que se apresuraban a cerrar la puerta para evitar coincidencias, esquivando las miradas en ese espacio reducido. Allí, los saludos son escasos y las conversaciones sobre el tiempo evidencian la necesidad de reconstruir el tejido social. El día que dejamos de llamar a la puerta de enfrente para pedir sal, o de mandar a nuestros hijos a jugar con los del vecino, perdimos algo importante.

A medida que las ciudades crecen en altura, el espacio entre las almas se ensancha y convivir con la soledad no deseada se convierte en una batalla diaria. Sin embargo, en medio de este escenario de muros limitantes, hay hueco para la esperanza. Los espacios compartidos y la necesidad de decidir sobre ellos de forma conjunta permiten crear puntos de encuentro donde construir vínculos comunes entre extraños que comparten un techo. Fomentar zonas de habitabilidad común es un buen antídoto contra la distancia.

Del mismo modo que en las ciudades, los huertos urbanos surgen como un elemento de colaboración social y de conexión humana con la naturaleza, ¿por qué no aplicar la fórmula a nuestro pequeño pueblo vertical? En las comunidades de vecinos, contamos con grandes espacios comunes desaprovechados que poder acondicionar para convertirlos en lugares de colaboración, que promuevan la conversación y el intercambio de conocimientos entre generaciones.

Transformar nuestras azoteas o patios vacíos en huertos vecinales proporciona, con muy poca inversión, un lugar para que los vecinos se reúnan, compartan experiencias y trabajen juntos hacia un objetivo común. Estos espacios comunes cobran una nueva vida albergando estos pequeños paraísos de tierra fértil donde su gestión no solo sirve para proporcionar alimentos frescos, sino que también alimentan el espíritu de comunidad y combaten la soledad.

# Reconstruir el tejido social

Puede que en este pueblo vertical, donde los nombres son desconocidos pero los rostros son familiares, esté la clave para nuevas formas de comunidad, en las que fomentar el sentido de la pertenencia. Espacios propios donde compartir el deseo común de poder contar con alguien en medio de la selva de cemento. En este edificio del tamaño de un pueblo, la soledad se desvanece en colaboración con la naturaleza, cultivando no solo verduras, sino también relaciones duraderas.





# El cielo protector

Eduardo Solana  
Arquitecto

Empecemos con un experimento mental. Supongamos una persona en medio del desierto. La persona no lleva nada más consigo que la ropa que tiene puesta. No tiene teléfono móvil; quizá conserva una botella de agua medio vacía, pero nada más. Anochece. El frío aumenta. No hay ningún camino a la vista, ni siquiera se ven postes de la luz; todo son arbustos secos y piedras hasta el límite del horizonte. ¿Qué hace esa persona?

# El cielo protector

La respuesta más probable no es buscar hierbas secas y frotar unas ramitas para intentar encender fuego; tampoco reunir piedras para construir un chozo y pasar la noche. Hace muchos siglos que dejamos de ser competentes en esas tareas. Lo que haría esa persona, casi con toda seguridad, es ponerse a caminar; atravesar las colinas en busca de una carretera, de un cercado, de un rastro. Se pasaría caminando toda la noche esperando ver alguna luz que indique dónde puede haber un poblado. En definitiva, intentaría desesperadamente encontrar a otros seres humanos.

La arqueóloga y catedrática de prehistoria Almudena Hernando ha defendido en *La fantasía de la individualidad* una tesis interesante. La idea, muy simplificada, es la siguiente: el desarrollo de cada individuo se asienta sobre las bases de estructuras colectivas que hemos sabido darnos a lo largo de los siglos, pero en un momento histórico concreto —ella propone finales del Neolítico— aparece una fantasía: la individualidad. Esta fantasía alimenta la idea de que cada uno de nosotros es capaz de enfrentarse al mundo en solitario,

resolviendo, con las herramientas de la razón o de la fuerza, los retos que le surgen por el camino. Cuando esta idea aparece, nuestro individuo pasa a percibir las estructuras colectivas como rémoras que impiden su propia realización, olvidando que son las mismas bases sobre las que ha construido su desarrollo personal. En lugar de buscar a los otros en el desierto, intentamos descubrir cómo se enciende el fuego por nosotros mismos.

Uno cree que la ciudad es, quizá, la construcción colectiva más compleja de la humanidad, no solo en el plano físico, sino también en el social. Agruparnos en ciudades es más eficiente que repartirnos por el territorio ya que optimizamos recursos, no sólo materiales, también recursos emocionales. Y, sin embargo, existe la experiencia de la soledad en la ciudad. Habría, quizá, dos tipos de soledad urbana. La más grave, por supuesto, es la no deseada, pero también hay un género de personas que han elegido la soledad. En cierta manera, incluso se la han planteado como una conquista social: vivir solo, autónomo, como un Walden urbano que no depende de los demás.

# El cielo protector

Pienso que este pionero solitario de lo urbano es deudor del mito de lo individual. Soy optimista sobre la capacidad de la ciudad para resolver el problema de la soledad no deseada que, creo, no es consecuencia del hecho urbano, sino de otras estructuras, dinámicas y tecnologías cada vez más presentes.

Al preparar este número busqué, ingenuamente, las estadísticas en España sobre viviendas unipersonales en entornos urbanos y en poblaciones de menos de 20.000 habitantes. Las viviendas con un solo ocupante son un 60% más abundantes en el entorno rural, es decir, proporcionalmente, en la ciudad vive sola menos gente.

Un interesante artículo referenciado por Magdalena Plocikiewicz sobre la soledad entre jóvenes y adolescentes llamó mi atención sobre el hecho de que muchas de las personas que sienten soledad no deseada viven acompañados. Es un fenómeno complejo; probablemente muchos de los *solitarios* rurales no se sientan tan solos como los *acompañados* urbanos. En todo caso, creo que la solución vendrá de nuestra capacidad para resolver los problemas colectivamente, y para eso lo que necesitamos es estar cerca unos de otros, no intentar encender un fuego en el desierto.



# Exclusión voluntaria

Luis Roberto Durán Duque  
Arquitecto y Strategic thinker

Abundan los pensadores contemporáneos que han puesto en la conversación pública a través de ensayos o libros enteros el asunto de la soledad en los tiempos modernos, en los tiempos de la hiperconectividad digital.



# Exclusión Voluntaria

Paralelamente, el mundo nos propone un paradigma de vida en el que la velocidad y “aprovechamiento” máximo del tiempo es la regla que debemos cumplir, y nos hemos quedado con poco espacio para hacer una tregua en la que se pueda hacer un pare para reflexionar sobre lo que autores como Bauman, Byung-Chul Han o Paula Sibilia exponen acerca de la soledad.

Buena parte de los postulados que debaten la soledad como un problema de salud pública que continúa *in crescendo* en las naciones, en las que ya incluso algunas se lo han tomado tan en serio como Japón e Inglaterra que ya crearon los Ministerios de la Soledad para atender el problema, giran en torno a la mirada del ser humano sobre sí mismo, el de la exclusión voluntaria pero inconsciente de la idea de lo colectivo que como sociedad venimos fortaleciendo con la prevalencia de una propuesta de individualismo que poco a poco nos ha ido llevando al narcisismo: mis historias, mis narrativas, la exposición permanente de mi intimidad, el no tener hijos para no interrumpir nuestras carreras, etc., y que deriva de la gran paradoja de nuestro tiempo: sentir que estamos más conectados que nunca, que lo sabemos todo de todos, mientras que en simultánea, cada vez son menos frecuentes los encuentros reales, es el

desvanecimiento de la idea de la colectividad, es el surgimiento de la soledad voluntaria sin darnos cuenta.

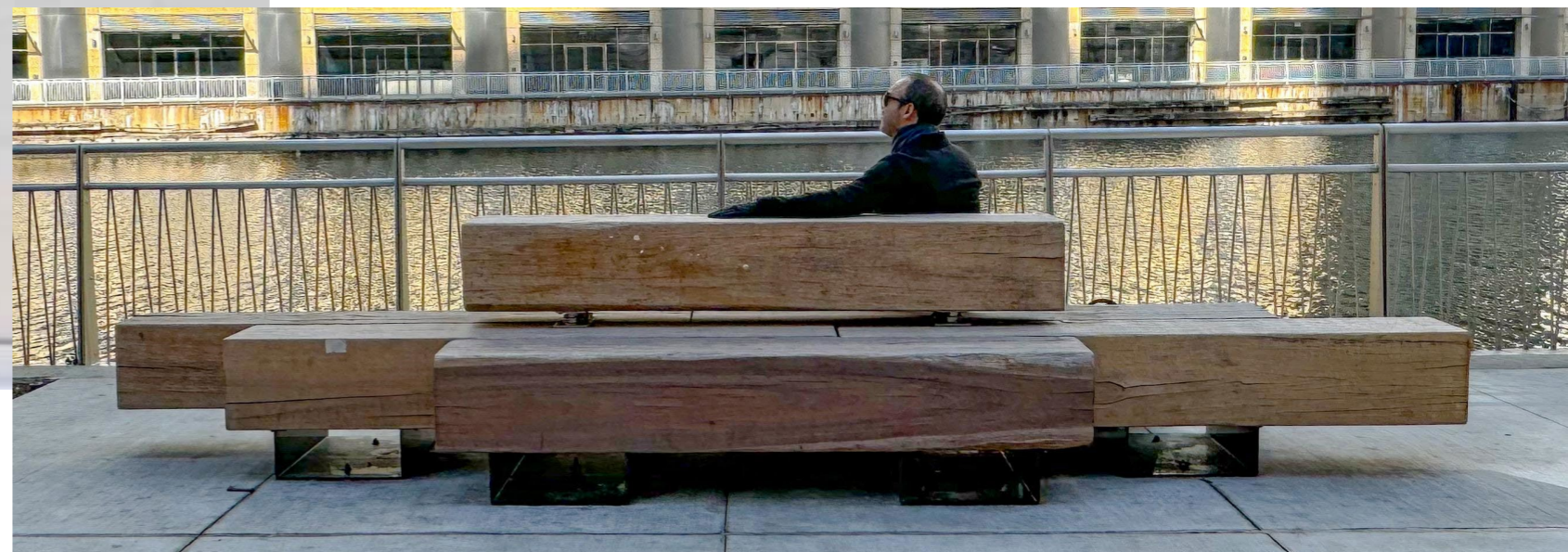
Esta *descorporeización* de las relaciones que se trasladan al metaverso, en donde el juego del *scroll* infinito viendo como son de perfectas las vidas de los demás, acaban por cuestionar la vida propia, y para encajar y sentir que pertenecemos al mundo, tratamos emular los mismos comportamientos que, al final, como dice William Ospina, acaban por convertirnos en un estereotipo.

Hoy, un adulto en el mundo está pasando el tiempo en pantallas el equivalente a ciento veinte días al año, y buena parte de ese tiempo, aparte de ser una experiencia individual, está invertido en la autoproducción de lo que queremos que otros vean de nuestras vidas, mientras la soledad gana terreno. Esto por supuesto tiene que cruzarse con las otras vertientes que construyen la soledad moderna: el nacimiento de menos hijos, el trabajo remoto, el incremento de la población mayor por mejores condiciones en los indicadores de expectativa de vida y el paradigma de la idea de la libertad individual que poco reconoce las otras individualidades.

Es un buen momento para abrir la conversación de lo que parece ser la nueva pandemia: la soledad.

# Exclusión Voluntaria

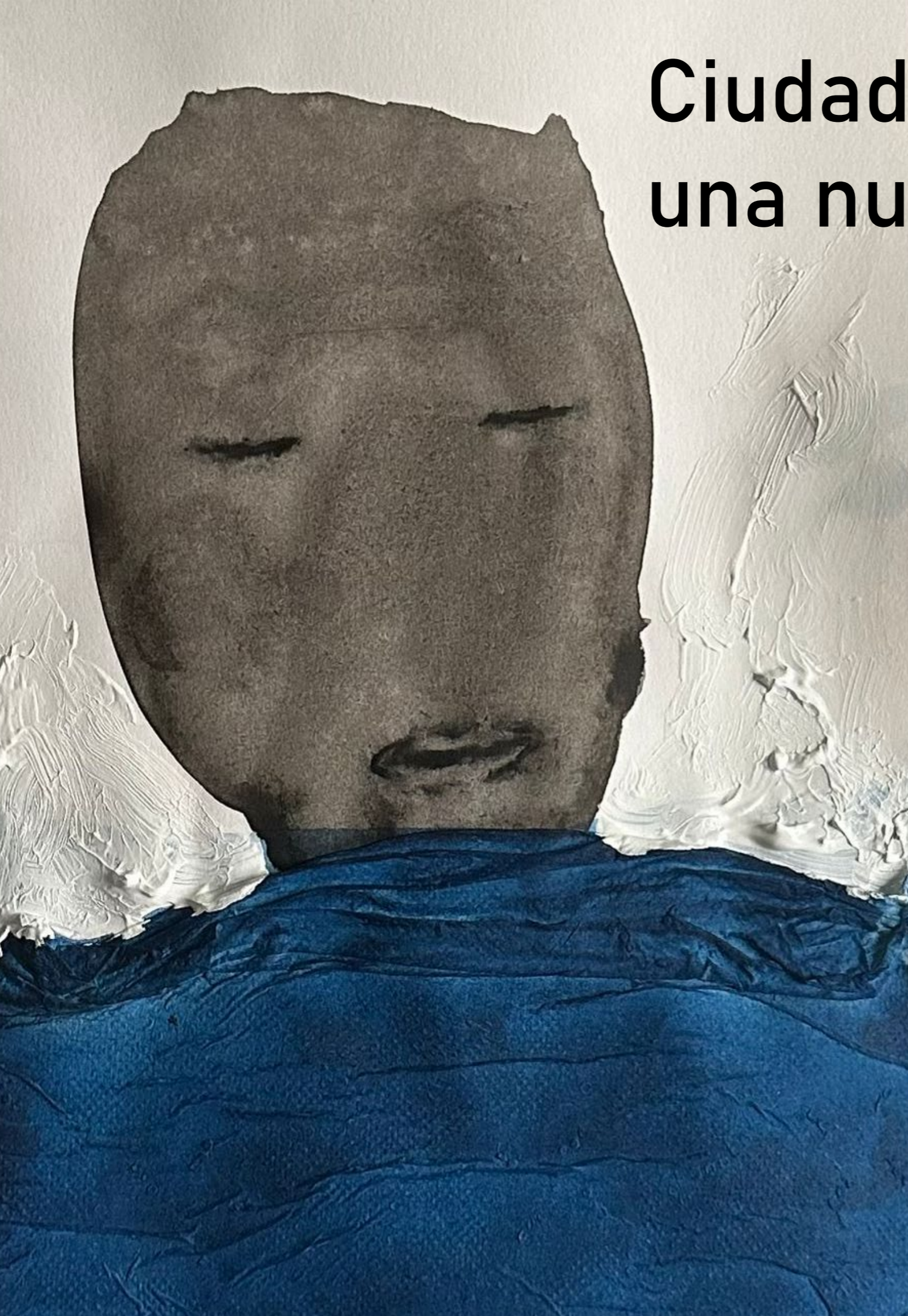
Es fundamental desescalar este concepto del ámbito filosófico facilitando el debate sobre aquello que hoy nos aflige de manera soterrada y que poco nos atrevemos a exponer, de lo contrario continuaremos excluyéndonos de manera voluntaria e inconsciente de la posibilidad de fortalecer una de las más bellas cosas que hemos logrado como especie: la construcción de vínculos colectivos para la cooperación y el aseguramiento de la humanidad.





# Ciudad para una nueva civilización

Eva Gómez-Fontecha  
Periodista y Escritora



*Aquel contenedor ante la ventana iba a cambiar por completo su vida. Apareció una mañana ante la reja del parque. Como un ovni. Desde la jubilación, sus días se habían vuelto vacíos salvo por el cine.*

*Uno tras otro, cada amanecer comprobaba el cambio de aspecto de aquella caja de lata. A veces aparecía regada de trapos esparcidos por el suelo, otros se erguía solitaria exhibiendo desconchones en su superficie. La vida se arremolinaba en torno a ella.*

*Analizar las emociones resultó una obsesión para ella. Observaba a personas que lanzaban apresuradas sus bolsas a la caja, personas obligadas a ceder sus pertenencias por una fuerza mayor, personas con miedo a ser vistas, personas curiosas que revolvían lo que otras dejaban.*

*Una tarde de invierno vio a un chico desabrigado y en chanclas depositar en el suelo una cesta. Se acercó, levantó la tapa y descubrió un gato pequeño de grandes ojos suplicantes. Le llamaría Herzog. Acababa de ver una de sus películas.*

# Ciudad para una nueva civilización

Con mayor maestría, Francesco Pecoraro (1941) describe en su novela *La Avenida* la tormentosa relación entre un historiador de arte septuagenario y la Ciudad de Dios donde vive:

*"Aunque estoy expuesto al norte, sufro igualmente porque desde aquí mi ojo sensible ve de lo que son capaces los incapaces, ve cómo la no-elección de la administración, la estupidez de los técnicos, de los urbanistas y, por último, de los arquitectos, incide de manera desastrosa en la vida de una porción de la ciudad, o de no-ciudad, que no deja por ello de ser la nuestra. Sin embargo, las cosas ni siquiera son así: no existen verdaderos responsables, la ciudad que construimos es un producto colectivo. La ciudad física es la concha deforme que la ciudad social construye para sí misma como un gigantesco molusco semideficiente, y así se muestra. La ciudad de mierda es una puesta en escena incierta y de autobombo de la gente de mierda que la habita y la construye. Nada más y nada menos".*

Pecoraro, arquitecto y urbanista antes de comenzar en literatura a los 62 años, describe de forma desgarradora

la desafección que siente su protagonista ante la ciudad que le vio nacer y que ahora, en sus años bajos, le empuja hacia los márgenes.

Y en evitar eso consiste el trabajo de una muy admirada urbanista española. Isabela Velázquez Valoria, socia y fundadora de GEA21 (grupo de Estudios y Alternativas 21), ha realizado un portentoso trabajo en el campo de las técnicas democráticas de participación ciudadana. Fruto de esa labor, que ha desarrollado junto al también urbanista Carlos Verdaguer, han sido trabajos como el Ecobarrio Soto del Henares de Torrejón de Ardoz, Premio Honorífico ex-Aequo del Consejo Superior de Arquitectos de España (CSCAE) en 2006 y el Ecobarrio Trinitat Nova de Barcelona, Premio de Buenas Prácticas de las Naciones Unidas en 2008.

En una conferencia de 2023 sobre "Metodologías participativas para la planificación urbana", la urbanista apuntaba que vivimos en un contexto de vertiginosos cambios sociales que generan un gran miedo entre la población. Alineada con Jeremy Rifkin de estamos casi ante un cambio de civilización, Isabela aboga por que todo el mundo forme parte de ese cambio y se trabaje con esta

# Ciudad para una nueva civilización

trilogía argumental: lo ya existente, la Naturaleza y se busque conseguir más con menos. La apuesta es cambiar un urbanismo para los mercados y los negocios por un urbanismo para la ciudadanía.

En esta nueva y ansiada civilización, la agenda urbana debe tener en cuenta el empleo, la salud, el envejecimiento, la crianza, y la obligación del urbanista es crear un espacio urbano donde no haya tanta soledad.

La participación ciudadana debe ser diversa y especialmente orientada a los colectivos silenciados. Y para que la gente participe, aboga Isabela, es necesario hacerle sentir que se la respeta, que se cuenta con ella desde el arranque de los proyectos urbanísticos y que los resultados son mandatorios para las autoridades.

Habrà quien diga que la soledad no puede atribuirse al diseño de la ciudad únicamente, que la tecnología es la culpable de la nueva relación física que tenemos con las cosas y con las personas. Cierto. Pero resulta que lo físico es indispensable para vivir bien. Por eso la ciudad, como escenario en el que se desarrollan nuestras vidas, debe atenuar esa soledad y debe adaptarse a las nuevas formas de vida que han nacido al amparo de esta nueva sociedad digital. Nuevas sexualidades, nuevas viviendas, nuevas familias, nuevas economías y nuevas narrativas.

Toda nueva manifestación de vida debe ser acogida en la ciudad del siglo XXI. La ciudad que no tenga conciencia de ello nos expulsa de forma irreparable.



Bansky

# Receta para una ciudad menos solitaria

Eiman Alsakha  
Urbanista y Arquitecta

Según el libro *Relational City*, una ciudad está hecha por múltiples constelaciones de relaciones, desde las más íntimas como las familiares hasta vínculos menos estrechos como la que tenemos con el conductor de Uber o con los repartidores de comida. A pesar de todas estas constelaciones “disponibles”, muchas personas en ciudades densas sufren de soledad. No es por falta de habilidades sociales sino más bien por un efecto secundario de estar agobiados por las multitudes.



# Receta para una ciudad menos solitaria

Viví en Nueva York durante unos años y puedo recordar cómo un buen número de jóvenes -solteros y sin compromiso- se mudaban a la gran ciudad con la intención de conocer a la pareja de sus sueños. Lo sorprendente era que, a pesar del haber un buen número de personas que buscaban parejas potenciales, allí era más difícil encontrar a alguien adecuado para ellos. Eran el agobio, las múltiples opciones, los limitados rincones sociales y el ruido externo los que hacían que uno recurriera a su mundo interior y a sus aplicaciones de móvil en lugar de usar la calle para encontrar potenciales amigos o amantes.

Las ciudades son complicadas y requieren una receta perfecta para *cocinar* la densidad adecuada que promueva un estado mental saludable. Para mí, en palabras muy simples, la densidad perfecta es la gente de un vecindario que no permite que un hijo único se sienta solo y que proporciona a la persona que da de comer a las palomas un espacio seguro para alimentarlas sin estar molestada.

Esta definición recién bautizada tiene muchas connotaciones. Una ciudad equilibrada tiene una densidad manejable. Implica también que las ciudades son diversas y albergan familias, solteros, personas con necesidades especiales y ¿cómo no? personas a las que les resulta “seguro” estar solos. Una ciudad sensata ofrece lugares de encuentro y lugares de descanso donde uno puede

recogerse en sí mismo sintiéndose acompañado de lejos y sin verse sobrecargado por humanos, perros o cualquier locura que ocurra en el espacio urbano.

La *Estrategia Municipal Contra la Soledad de la ciudad de Barcelona 2020-2030* considera que la soledad es subjetiva y difiere de una persona a otra. La estrategia va más allá y distingue entre la soledad involuntaria (en la que una persona no tiene control sobre su aislamiento) y la soledad personal (en la que la persona no necesariamente se siente sola, sino que más bien disfruta de su aislamiento). Los estudios previos a esta Estrategia definieron dos tipos de soledad en los que uno puede encontrarse: la soledad emocional y la soledad social. En la primera se encontraba la población que carece de conexiones como un mejor amigo o un compañero de vida, etc. En la segunda se encuadran personas que carecen de una red más amplia de relaciones enriquecedoras, como primos, vecinos, amigos y hermanos.

Más allá de las tareas de proyección política, organización y sensibilización que esta Estrategia viene implementando, la reestructuración de la ciudad es una parte importante a la hora de ejecutarla. La reinención de una ciudad menos solitaria incluye mejorar su espacio público, proporcionar más áreas verdes urbanas y encontrar nuevas soluciones para compartir viviendas.

# Receta para una ciudad menos solitaria


Henri Lefebvre en su obra ya clásica *La producción del espacio* afirma que éste se produce y construye socialmente y conforma un conjunto de relaciones humanas.

Si observamos bien, los habitantes de los barrios pueden detectar escenas de soledad y aislamiento en nuestras ciudades: la señora que alimenta a los gatos a primera o última hora del día, el hijo único que apenas juega con otros niños fuera del cole y sólo quiere hacerlo con sus padres cuando está en el parque, la madre soltera que carga el mundo sobre sus hombros, las personas mayores sentadas en el banco deseando encontrar una oportunidad para charlar. La lista es interminable.

¿Cómo podemos conseguir que nuestras ciudades sean más productivas en el sentido lefebvriano?

La respuesta se encuentra en algún lugar entre la reestructuración física y social de los barrios. Físicamente, dotándolo de zonas verdes, rincones peatonales, servicios de proximidad, singularidades de un barrio, etc. Reestructurarlo socialmente pasa por fomentar las relaciones intergeneracionales, ofrecer modelos alternativos de vida, de convivencia y de trabajo, establecer una relación estrecha con los pequeños comerciantes, fomentar una interesante oferta artística y cultural, romper la jornada laboral de 9 a 6 para los cuidadores, etc. El cielo es el límite de estas experiencias relacionales.





# La soledad que hemos sido

Julián Baena  
Arquitecto

Como un biopic personal, la soledad es algo que me acompaña en los procesos creativos, la lectura, el disfrutar de manera *egoísta* de un café en las mañanas, como también al contemplar la ciudad desde una banca del parque o simplemente al tenerla de fondo -como trampantojo sonoro y animado-.

# La soledad que hemos sido

He vivido en una ciudad en particular en donde coexistió casi siempre la sensación de no pertenecer, de desconocer los códigos de esa sociedad, de esa ciudad... la sensación de no tener a alguien que te guíe o te lleve a uno de esos planes nocturnos por la ciudad. Igual son cosas que te hacen sentir en soledad y, más aún, cuando ahí afuera -en esa ciudad a la que no conoces- no eres 'alguien' o ahí adentro te sientes excluido -por la misma razón de que nadie te conoce-.

Muchas veces nunca supe si esa falta de interacción social era parte de aislarme socialmente de manera voluntaria o si en verdad era un reflejo de sentirme solo, como una experiencia contemplativa tan fascinante como abrumadora. Más aún cuando estaba en una ciudad rodeado por veinte millones de personas, donde quizá muchas tenían el mismo sentimiento propio de estar solas, aunque muchas veces se traspasaba esa pequeña línea entre estar solo y estar en soledad.

No pertenecer no era una forma de desarraigo, sé que nunca quise pertenecer pese a los más de diez años que viví allí. El no pertenecer te genera un

pensamiento recurrente, muy similar al de un existencialismo *precario*, ver cómo la soledad es parte de la esencia o la condición humana, y cómo al final terminamos aceptándola sin llegar a ser algo negativo.

Es cierto que en las ciudades más cosmopolitas, los dispositivos o mecanismos nacidos para interactuar socialmente te trasladan a una hiperconectividad donde los placeres pasan al plano de lo virtual y de lo efímero. No creo que las redes sociales sean parte del problema, es más bien la *zona de confort* que creamos alrededor de ellas la que nos hace estar en soledad, sin aislarnos socialmente. Aun así, esto se desdibuja cuando pensamos si el problema de la soledad es más un problema colectivo o individual y hasta dónde llegan los límites y compromisos como persona o comunidad. Cada ciudad (con su idiosincrasia) como cada circunstancia tendrá tantas respuestas como variables.

La soledad puede traer lo mejor y lo peor a cada ser humano. Pasamos de pensar si la soledad se limita al hecho físico o más bien si es el vacío que queda entre



# La soledad que hemos sido

las expectativas y la realidad de cada persona. Sea como sea, las consecuencias son evidentes en nuestra sociedad. Y las ciudades -como aglomerador político, económico y social- reaccionan ante la apatía o la misma desconexión humana con las relaciones interpersonales más extensas e institucionales.

«Todos estamos solos en la ciudad, como calles sin pasos, escondidos del miedo y del silencio, desesperados de esperar la llegada de otras soledades que acompañen».

Beatriz Rivera (poetisa colombiana)



# Arquitect@s & Co #6

[arquitectosandco@gmail.com](mailto:arquitectosandco@gmail.com)